

**6.**  
**EL HUMANISMO DE DIOS**  
**8 (1961) 281-283**

*Luis Espinal, S. I.*

*Concepción del Cristianismo*

El romanticismo nos ha dado una interpretación de la Religión Cristiana que ha hecho fortuna. Ha puesto de moda unos santos jadeantes, abrumados por la presencia del Absoluto. Los ojos de los Videntes han de humear, quemados por el resplandor divino. Dios, al ponerse al habla con el hombre, lo destroza. Así creen exaltar la divina trascendencia.

Esta es una concepción falsa del Cristianismo, y aun de la religión. Es un retorno tácito al paganismo de las ménades histéricas y los faquires.

La tendencia, de casi todas las religiones, de concebir a la divinidad de un modo antropomórfico, revela una exigencia de la naturaleza humana. A esta tendencia antropomorfizadora, puesta por Dios en la sicología humana, ha respondido Dios con una suprema condescendencia. Dios satisface este deseo del hombre, y se humaniza, se antropomorfiza. La revelación neotestamentaria nos da la «buena nueva» de que «Benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei» (Tit. 3,4). En el original, se usa la sugestiva palabra φιλανθρωπία –el amor [de Dios] a los hombres–, tan apreciada luego por los Padres Griegos. Esta «filantropía» es el humanismo de Dios.

*Revelación*

A lo largo de la historia, hay una progresiva revelación de Dios. El Dios invisible se va acercando a nuestros sentidos.

La primera gran epifanía de Dios, la creación, nos descubre sus atributos, y una imagen analógica de su perfección; «porque los atributos, invisibles de Dios resultan visibles por la creación del mundo, al ser cantados por la inteligencia, en las obras (de Dios), tanto su eterno poder como su divinidad» (Rom. 1, 20).

Un segundo paso hacia la humanización será la entrega de la Palabra en la revelación del Antiguo Testamento. Mucho más íntima y humana que el mensaje de las creaturas. Se deja oír la voz de Dios que asegura: «¿Acaso puede una mujer olvidarse de su pequeño y no compadecerse del hijo de sus entrañas? Y aunque ella se olvidara, Yo en cambio no me olvidaré de ti» (Is. 49, 15).

La condescendencia de Dios llega hasta lo inverosímil. Dios se hace hombre y vive «entre nosotros» (Jn. 1, 14), y comparte nuestra vida con nuestras pequeñas dichas humanas y nuestros oscuros dolores de hombres. Por esto Juan, el Discípulo Amado, escribe alborozado a sus fieles, que ha oído al Verbo de vida, y que le ha visto con sus propios ojos y hasta le ha podido tocar (1 Jn. 1, 1-14).

No se trata sólo de un pasado. El Cristo glorioso no se ha alejado de los hombres, con su ascensión. Permanece encarnado entre nosotros en la Eucaristía, y en nosotros, su Cuerpo Místico, su Iglesia, como un apocalipsis permanente (Mt. 28, 20).

Dios se ha ido humanizando, en crescendo, hasta llegar a ser el más hombre de los hombres, «el Hijo del Hombre» (Mt. 9, 6). Dios ha bajado hasta nosotros. Ya no hay que buscar a Dios en las nubes (Ecles. 24, 7). Ahora, lo mejor para conocer a Dios es tener unos ojos de carne y un corazón de hombre<sup>1</sup>. Dios ha bajado a nuestro encuentro. Una condición necesaria para que nos halle, es que no dejemos de ser hombres. No hay que huir del ámbito en que Dios se ha encarnado.

El hombre moderno ha cometido el pecado de lesa humanidad, ha dejado de ser hombre. Por esto no puede hallar a Dios. Esta fue una de las grandes preocupaciones de Pío XII; convertir al mundo de «selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios»<sup>2</sup>. Mecanizar al hombre, por la técnica o por el racionalismo (da lo mismo), ha sido la gran victoria de las ideas materialistas. El hombre queda desconectado de Dios. Aun la misma religión, si cae en puritanismo, se despega de su base humana, y se aleja de Dios, del Dios cercano de la oración, a quien se habla «como un hombre habla con su amigo» (Ex. 33, 11). Ser hombre es un preámbulo ineludible para ser cristiano.

### *Misterio*

Toda revelación, como notó Pascal, revela y oculta al mismo tiempo. Lo sensible es expresión del Dios invisible, pero también es una máscara que lo oculta. Es la imagen que se convierte fácilmente en pantalla e ídolo. Así, la revelación se nos convierte en misterio; es una manifestación opaca. La misma humanización de Dios encierra un peligro. Dios baja, pero para asumir y levantar a niveles divinos. Dios se humaniza, pero para divinizar al hombre (2 Pedr. 1, 4). El humanismo de Dios puede ser un tropiezo que impida volver a hallar a Dios.

---

<sup>1</sup> MERSCH, «*Morale et Corps Mystique*». Vol.1; pp. 48-50.

<sup>2</sup> Alocución a los fieles de Roma. 10 Febrero 1952. «*Ecclesia*», n. 553.

La creación absolutizada ha conducido al materialismo. Dios eclipsado por su obra, demasiado perfecta, demasiado consistente en sí misma (Sab. 13, 1-9).

El mismo peligro en la Biblia, Palabra de Dios. Una palabra tan humanizada que no hemos resistido a la tentación de creerla sólo humana. Se la ha catalogado como una literatura, junto a otras literaturas. La humanidad la ha recibido con respeto, a veces, excesivo. En vez de transmitirla de boca en boca, como una noticia alegre; la hemos entregado a los especialistas, para que hiciesen química con ella. A fuerza de filología, arqueología y tesis, la han descuartizado, como a cualquier prosa alejandrina. Desmontada, ha perdido la vida y el contenido. La revelación ha perdido transparencia, y es el gran velo que oculta al Santo de los Santos.

Lo mismo ocurre con la Encarnación, una revelación, al parecer, enteramente diáfana; la revelación hecha persona. Y ya los compatriotas de Cristo le rechazan. «¿No es este el obrero, hijo de María?» (Mc. 6, 3). «¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos acaso a su padre y a su madre? ¿Cómo, pues, dice: 'Bajé del cielo'?» (Jon. 6, 42). Todo en él ha parecido demasiado humano, aun sus milagros. Por esto, los fariseos (de todos los tiempos) le han pedido, en vano, que hiciese un milagro en los cielos (Lc. 11,16). Cristo ha parecido a los racionalistas demasiado hombre. Se le ha visto fatigado, hambriento y temeroso ante la muerte. Un Dios demasiado atento a nuestras menudencias; cotidiano, como uno de nosotros. Su misma santidad es poco puritana, con excesivo trato con alcabaleiros y pecadores (Lc. 7, 34); demasiado sensible a la compasión (Lc. 7, 36-50) y la amistad (Jn. 11, 17-46; 12, 1-11; Lc. 10, 38-42).

Otros, por el contrario, los aprovechados, han aceptado a Cristo humano. Pero le han confundido con un cabecilla de partido (Ac. 1, 6). Se le ha buscado para esquivar las contribuciones (Mt. 22, 15-22), o para cobrar una herencia (Lc. 12, 13-14).

El escándalo se ha extendido a la obra de Cristo, la Iglesia, demasiado corpórea, y poco pneumática. Excesivamente enraizada en las realidades humanas, y de espaldas a una «Iglesia de los Santos», sólo interior. Muchos quisieran ir a Cristo directamente, sin intermediarios. Y paradójicamente, no les importa tomar la Encarnación como un hecho pasado, y echar a Cristo de la tierra, y tapiarlo en un cielo lejano.

He aquí el escándalo de la revelación. Hemos hallado a Dios tan cerca, tan barato, que hemos temido el fraude. Y se ha intentado volver a un Antiguo Testamento, ya caduco; o más lejos aún, al deísmo y al ateísmo. Él apocalipsis se nos ha hecho misterio, paradoja, y por fin, objeción. Nos ha faltado corazón para comprender la infinita condescendencia de Dios.